

Y la educación, ¿para qué?

José Luis González Marzal*
Universidad Libre

*Recuerda que allí donde la vida levanta muros,
la inteligencia abre una salida.*

Marcel Proust

Sobre la educación existen muchas miradas, según la cultura que la aborde. Ancestralmente, como la forma de recibir el legado de los mayores. Otros, como un gran negocio. Los desarrollistas, como el camino por el cual surge o progresa un pueblo. Y para la mayoría de las personas la única forma de ascender en la escala social, es decir, una gran oportunidad que está asociada con los derechos humanos, la democracia y la paz. En este último aspecto la Constitución Política de Colombia plantea en el artículo 67:

“La educación es un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social; con ella se busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, a la técnica, y a los demás bienes y valores de la cultura. La educación formará al colombiano en el respeto a los derechos humanos, a la paz y a la democracia; y en la práctica del trabajo y la recreación, para el mejoramiento cultural, científico, tecnológico y para la protección del ambiente”.

Todo estado o gobierno, cualquiera sea su ideología política, está en la obligación de garantizar una educación de calidad a sus estudiantes, vigilando que esta sea buena y cumpla con

* Estudiante de la Licenciatura en Educación Básica con énfasis en Humanidades e Idiomas, Universidad Libre. jose-1102gonzalez@gmail.com.

los requerimientos mínimos de acuerdo con la ley general de educación de 1994, en el caso colombiano. La misma estipula en su artículo primero: “La educación es un proceso de formación permanente, personal, cultural y social que se fundamenta en una concepción integral de la persona humana, de su dignidad, de sus derechos y de sus deberes”.

Hay que tener en cuenta que este proceso se debe hacer en conjunto con la familia y la sociedad, siendo la primera la directa responsable, y buscando que se cumplan los diferentes saberes en todos los contextos que el estudiante adquiere en las diferentes instituciones de las cuales llegará a ser parte, para así tener la posibilidad de desenvolverse de manera adecuada. Además, debe considerarse que la educación es asequible a todo aquel que desee adquirirla y que la misma siempre estará en constante evolución, con el objetivo de formar personas que aporten al desarrollo de una nación. Lo anterior lo sostengo con ayuda de unos de los fines de la educación de acuerdo con la Ley General de la Educación (1994): *“La formación para facilitar la participación de todos en las decisiones que los afectan en la vida económica, política, administrativa y cultural de la Nación”*.

Ahora bien, cuando la sociedad y, en particular, los educadores estamos frente a un grupo de jóvenes con intereses y mentalidades diferentes, pensando

en cualquier cosa menos en educarse, nos cuestionamos sobre nuestro concepto de educación que no será menos que la entrega amorosa por las generaciones que Dios y la vida han puesto bajo nuestro cuidado. Es en ese momento cuando, además, nos hacemos la pregunta ¿es “fácil” ser profesor en un país donde cada día se vulnera o desprecia ese derecho constitucional?

Recuerdo bien mi primer día en el colegio como profesor. Fue en clase de inglés, estaba con la pasión que caracteriza a los nuevos docentes amantes de esta profesión. Uno de mis estudiantes se paró furioso y me dijo que para qué le enseñaba “eso”. Mi respuesta fue que el inglés hacía parte de las materias que debía cursar para aprobar su año escolar y porque en la sociedad actual hay que saber muchas cosas para poder uno desenvolverse adecuadamente. Su nueva objeción me dejó sin palabras por un momento: “profe, estoy aquí es porque mis padres ya no saben qué hacer conmigo. Fumo marihuana y eso para ellos es terrible. No me entienden. Es más, profe, mi madre me dice que se siente desgraciada al tener un hijo marihuanero y prefiero estar aquí que estar recibiendo el rechazo de mi madre y que me trate como un desconocido para ella. Por lo menos usted nos trata bien y con respeto”.

Lo anterior me lleva a cuestionarme si la educación que hoy día estamos impartiendo en las instituciones educativas del país es del agrado de los estudiantes, o si ellos solo asisten porqué la familia los obliga, o por qué para la sociedad nadie es importante si no tiene un título profesional. Si lo que la sociedad y la familia está esperando es que todos nuestros jóvenes tengan un título profesional, se debería revisar lo que se está enseñando y, así, evitar la apatía que cada día es evidente en los educandos del país.

Durante los tres años que llevo trabajando, han sido muchas las experiencias de las cuales he tenido que ser testigo. Esta

es una institución de educación para “adultos” o jóvenes que, siendo rechazados por diferentes instituciones, terminan su bachillerato en colegios donde validan estudios. De igual manera presentan inadecuada convivencia o mal comportamiento y bajo rendimiento académico. Sin embargo, los estudiantes que vienen a terminar su bachillerato son, en su gran mayoría, menores de edad que no solo sufren el rechazo de la educación llamada regular o “normal” en Colombia, sino que también son menospreciados por sus padres o familiares por tener algún vicio o estar viviendo algún momento de rebeldía. Lo anterior ha hecho que sean alejados de los colegios tradicionales, tanto del sector público como privado.

¿Para qué la educación? En un país donde un estudiante no tiene cabida en el sistema educativo secular por razones como la edad o su comportamiento que se sale de los “parámetros” que el mismo gobierno ha establecido, la educación parece tener como objetivo el que los estudiantes obtengan un diploma que los acredite como bachilleres, así carezcan de saberes básicos como saber leer y escribir correctamente. Y es así como se evidencia la vulnerabilidad del derecho a la educación que tiene todo colombiano, de acuerdo con la constitución política del país.

¿Es la educación una escuela para la vida?

Cada día es más difícil la tarea de educar y enseñar a estos muchachos. Si se tienen en cuenta todos los desafíos que se deben sortear en cada clase, muchos de ellos llegan bajo los efectos de sustancias psicoactivas, sin desayunar, sin haber dormido bien o la niña que llega preocupada porque ha tenido relaciones sexuales sin protegerse. Dentro de los casos más frecuentes está el saber que muchos de mis estudiantes vienen de pasar la noche en casa de sus amigos o algún familiar ya que la noche anterior fueron echados de

sus hogares porque han peleado con sus padres. “No saben qué hacer con ellos”. Son muchos los desafíos que cada día deben sortear mis estudiantes. Como el del estudiante de ciclo V, a quien un día le pregunté por qué llevaba la misma ropa del día anterior, a lo que me respondió que se había peleado con su mamá desde hacía una semana y se estaba quedando en casa de una tía y por esa razón llevaba la misma ropa toda la semana. Le dije que no era bueno pelearse con los padres, que debía quererlos y amarlos pues era un mandato divino y una demostración de gratitud con ellos, a lo que el joven me respondió que “el respeto se gana y si ella quiere que la respete, primero tiene que enseñarme que es el respeto”. De inmediato vino a mí un verso que en algún momento había leído en la Biblia: “Padres, no provoquéis la ira a vuestros hijos” (Efesios 6:2).

En ese momento continúe mi clase sin dejar de observar por algunos momentos al estudiante que por una semana había traído el mismo traje. Recuerdo que se interesó un poco por la clase y al rato se quedó dormido. Me acerqué nuevamente y le pregunté por qué se estaba durmiendo a lo que me contestó que en casa de su tía no había la comodidad que tenía en su casa para dormir y que no había pasado una buena noche. Lo cierto es que no terminaría de escribir si diera a conocer cada una de las vivencias que día

tras día deben sortear estos muchachos, que hacen de los mismos unos héroes, si tenemos en cuenta que son en su mayoría menores de edad los cuales todavía no pueden valerse por sí solos.

Nuevamente me pregunto de quién es la culpa de que nuestros jóvenes y estudiantes estén pensando en otra cosa o, peor aún, estén sumidos en las drogas y demás vicios que los agobian y no hacen valer su propio derecho a la educación. Si sus padres son responsables de su desarrollo y buen vivir, ¿por qué los echan de sus casas? La respuesta es sencilla: no saben qué hacer con aquel hijo o hija que concibieron, lactaron, vieron crecer y que no saben cuándo y por qué el amor hacia ellos acabó. Es grandioso, como docente, tener la posibilidad de interactuar con grupos de estudiantes que manifiestan tanta carencia de amor, tanta confusión en su personalidad y que en la convivencia son agresivos o “molestan” debido a que, simplemente, están “llamando a gritos la atención” porque en sus casas no son bienvenidos. Estas son las razones por las que esta profesión toma sentido: no fuimos formados para educar a este tipo de estudiantes. En la universidad nos crean la falsa expectativa de que nos vamos a encontrar con estudiantes “normales”, aquellos que saludan, que hacen tareas, que desean sacar adelante sus estudios y que respetan a sus profesores. Pero aquí, con estos estudiantes, la realidad es otra.

Otro caso para reflexionar fue el de una joven que tomó la decisión de acabar con su vida tomándose un frasco de pastillas pues pareciera que los problemas que estaba viviendo no la dejaban en paz. Fue duro enterarme de esta situación por el lazo afectivo que todo profesor crea con sus estudiantes. Muchas veces el ser humano se pregunta qué hacer por este mundo. La respuesta es simple: ama a aquel que está cerca de ti, sonríe o, sencillamente, di un hola. Es posible que cambies el pensar de aquel que desee atentar contra su vida. Estoy seguro de que, si los padres o familiares de esta niña que se quitó la vida le hubieran prestado más atención, no habría tomado tan trágica decisión.

Nuestros niños y jóvenes están gritando en el silencio más profundo de sus vidas que no se les rechace más; ellos merecen ser amados, así sean los más grandes delincuentes o las más grandes lumbreras de este mundo. Ellos no tienen la culpa de la tragedia que están viviendo, tampoco papá y mamá. De algo sí estoy seguro, que estamos a tiempo de cambiar esas cifras que informan los medios de comunicación.

Dentro de toda esta enseñanza que se adquiere en esta escuela llamada “vida”, nos vamos a encontrar con exalumnos que luego te van a agradecer por lo mucho o poco que hiciste por ellos. Es por eso por lo que traigo a colación lo siguiente: recientemente estaba esperando un bus en el sistema público de la ciudad, cuando de repente veo a un exalumno, quien, en su último año, se volvió muy rebelde; recuerdo bien que yo le llamaba la atención en todo momento, pues había sido elegido personero. Allí tenía a mi cargo la dirección de grado quinto de primaria. Le decía que no estaba de acuerdo con su mal comportamiento y que debía cambiar porque sabía que era un hombre muy inteligente y que estaba llamado para ser grande en este mundo. Después de saludarnos, me dijo: “profe, estoy trabajando como supervisor en una importante empresa de la capital”; me agradeció, le pregunté por qué y me respondió: “porque

usted creyó en mí”. Le respondí que esa es la labor de los docentes y demás profesionales de las ciencias humanas y sociales y que debía seguir adelante pues era el comienzo de grandes triunfos en su vida y que grandes cosas llegarían por su esfuerzo y disciplina.

Trabajar como educador me ha permitido reconocer y amar cada día más esta profesión que, como dijo la canciller de Alemania, Ángela Merkel, es la “profesión de profesiones por excelencia”. Me siento privilegiado. Creo que es mucho el aprendizaje que cada día me llevo a casa y a mi vida personal y profesional. A veces no quisiera saber mucho sobre estas problemáticas, “el saber mucho trae sufrimiento”, sufrimiento que toca llevar y ayudar a sobrellevar por lo que no puedo ser indiferente a la tragedia que viven la mayoría de mis estudiantes.

Creo que, como docentes y seres humanos conscientes, estamos llamados a creer en nuestros estudiantes, aún más en aquellos que hacen de las clases un momento algo difícil porque no sabemos hasta qué punto nuestra actitud puede cambiar favorablemente a un educando. La vida está llena de grandes satisfacciones y unas de ellas es saber que como profesor podemos cambiar un mundo, que bien podría llamarse el caso de Juan, Rosa, Ángel, Claudia, Ramiro y que, de seguro donde esté, pondrá en práctica lo que le enseñamos.

Muchas veces tomamos la vocería en decirle a nuestros muchachos que no se dejen tratar mal de ninguna persona, pero pareciera que nosotros estamos exentos de lo dicho porque terminamos maltratándolos verbalmente con frases como: “usted nunca entiende”, “quiere que le explique con plastilina” o “hágase con aquel que es igual de cerrado que usted”.

Deberíamos mirar a los demás con respeto y como seres importantes; de seguro la vida será más llevadera. No todos somos iguales por lo que se hace necesario que individuali-

ceemos a cada estudiante. Pueda ser que Patricia se parezca a María, pero no por eso deben ser iguales.

Para finalizar, a mis estudiantes quiero decirles que admiro de cada uno de ellos lo inteligentes que son. Muchachos: con ustedes aprendí que la vida es hermosa y que vale la pena luchar por lo que se quiere. Recuerden que nacieron para vencer y no para ser vencidos; así que, con la misma tenacidad que han enfrentado esta etapa de sus vidas, hagan el resto, porque sé que, con la ayuda de Dios, lograrán todo lo que se propongan. Hay que recordar que la vida tiene momentos como la neblina que muchas veces empaña nuestro horizonte, pero que eso siempre será pasajero. Por eso, saquemos el mejor provecho de cualquier situación que vivamos, porque de seguro será para enseñanza más adelante.

Padres, recuerden que esos seres día tras día reclaman de nuestra compañía, no basta con que les des lo material, eso es tan vano como la felicidad que hoy en día nos brinda este mundo. Ellos los necesitan para ser grandes pues estamos cansados de ver tantos niños abandonados por padres que no han sido capaces de asumir su responsabilidad. El tiempo corre y no vuelve ¿Tú que estás haciendo con él? ¿Acaso le estás dando más tiempo al trabajo o la hipocresía de aquellos que dicen te quiero, pero detrás tuyo te hacen daño? Escucha siempre a tus

hijos. Que incluso sus gritos se vuelvan gratas melodías. Todo niño tiene una historia maravillosa y soy testigo de ello, muchos me decían “profe, ¿te puedo contar algo?” y aunque muchas veces terminaba llorando con ellos, era feliz al saber la confianza de estos hermosos ángeles hacia mí. O cuando me decían “profe, ¿me puedes dar un abrazo?”, de repente comenzaban a llorar y sin ninguna explicación me decían “profe, gracias. Te quiero mucho”. Padres, es grande la carencia de amor que hay en nuestros hijos. Pero como les dije anteriormente, estamos tan ocupados en tantas banalidades que olvidamos nuestro rol como padres. Docentes y padres de familia,

recordemos que de todo ello daremos cuenta al Creador, nuestro alumno e hijo es nuestra responsabilidad y no la carga que esta sociedad nos impone para hacer feliz a otros.

Referencias

- Ayala Ramírez, C. (30 de junio de 2010). *Educación, ¿para qué?* Obtenido de America Latina en movimiento: <https://www.alainet.org/es/active/39213>
- Congreso de la República de Colombia. (8 de febrero de 1994). *Ley 115 de febrero 8 de 1994*. Obtenido de https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-85906_archivo_pdf.pdf
- Constitución Política de Colombia. (s.f.). *Constitución Política de Colombia*. Obtenido de <http://www.constitucioncolombia.com/titulo-2/capitulo-2/articulo-67>